

Universidad libre y Universidad privada

(REPLICA A UNA DIALECTICA
SOFISTICA)

Con este título publicó el Dr. Ignacio Winizky sus "reflexiones sobre un ataque a la Universidad argentina" (separata de 1p páginas de "Comentario", año III, N° 11, Buenos Aires, de junio de 1956), tildando de "enemigos de esta Argentina democrática" (pág. 3) a los que sostienen la libertad de enseñanza, en el momento actual, advirtiéndoles a la vez que "grave es... la responsabilidad de los sectores que olvidaron la salud pública de la República" (ibid.), cuya "campana por una universidad 'libre' al margen de la oficial, no puede resultar otra cosa que un mal sueño, una pesadilla o una broma cruel. Es, por otra parte, un ataque injusto y extemporáneo a la universidad oficial" (pág. 4), en estos momentos, cuando las "universidades argentinas, avasalladas, envilecidas, dislocadas, se aprestan a dignificarse..." y cuando "la universidad argentina aparece libre y digna" (ibid.).

Para Winizky, la palabra "libre", "aparece como fuerza de choque, de impacto dialéctico y emocional" (pág. 5); trata de convencer al Lector, con una "verdadera" "dialéctica", de que los totalitarios son aquellos que luchan por la libertad de enseñanza, mientras que los que la atacan, serían los auténticos demócratas (pág. 5), argumentando con que el momento oportuno para tal campaña pro libertad de enseñanza hubiera sido "cuando en la universidad argentina la libertad fué arrojada de los claustros, y las sucesivas oleadas de grupos, generalmente políticos al servicio de la dictadura, se apoderaron de ella y la sofocaron" (pág. 4) y no ahora, "que la universidad oficial recobra su libertad y, después de la experiencia dolorosa, está en vías de afirmarla para todos, para profesores y alum-

nos, ideas y métodos" (pág. 4), cuando "lanzar el lema de universidad libre con el claro designio de obtener universidades privadas competidoras en la función administrativa de expedir títulos, es atacar a la universidad oficial en mal momento e injustamente" (pág. 5).

Defiende a los que atacan a la libertad de enseñanza afirmando que "se trata que la vida universitaria supere el temor de herir dogmas; el temor de examinar con espíritu crítico principios, leyes naturales, políticas y sociales, y normas de toda especie; que se expresen ideas o enuncien hipótesis; que nadie tema atacar intereses creados ni defender situaciones existentes; que se acepte la libre discusión, el diálogo, la controversia; que no haya temor, en fin, a las ideas propias y ajenas" (págs. 5 y 6). ¡Qué hermoso suena todo esto! ¡Estas ideas son las que guían, precisamente, a los que luchan por una auténtica libertad de enseñanza! Cualquiera que no conozca la realidad argentina, podrá pensar que el otro bando, el de los que defienden la libertad de enseñanza —por lo demás, garantizada por nuestra Constitución— sería una agrupación de criminales conjurados quienes tienden a destruir tan magnífico panorama - ficticio. Sí, ficticio, porque el mismo Dr. Winizky fué quien hace un mes se negó, en su calidad de Director del Departamento de Publicaciones de la Facultad de Derecho oficial de Buenos Aires, a publicar en su Revista un estudio jurídico absolutamente científico y absolutamente objetivo, sólo porque no estaba de acuerdo con su posición política. Palabras y hechos...

El Dr. Winizky ve la libertad de enseñanza en el hecho de que "las seis universida-

des nacionales tengan su propio y autónomo presupuesto, de manera que sus recursos puedan ser 'libremente' dispuestos por sus autoridades, también propias, independientes de toda sujeción administrativa de los poderes políticos del Estado" (pág. 6). Otro enunciado pomposo, pero la verdad es que el problema del presupuesto no tiene nada que ver con el de la libertad de enseñanza porque, según su razonamiento, había libertad de prensa durante el régimen depuesto por el solo hecho de que algunos diarios tuvieran su presupuesto independiente "de toda sujeción administrativa de los poderes políticos del Estado". ¡Qué absurdo!

Pero su tesis gira alrededor del título habilitante y a este respecto se pronuncia categóricamente sin argumento alguno al afirmar que las universidades nacionales deben ser las "únicas y exclusivas en el otorgamiento de la habilitación profesional" (pág. 7); sin embargo, para satisfacer a algunos ingenuos, habla luego con una dialéctica contradictoria, de los diversos establecimientos de enseñanza privada (el Colegio Libre de Estudios Superiores, el Collegium Musicum, el Instituto Francés de Estudios Superiores, la Facultad de Filosofía del Colegio del Salvador, la Sociedad Científica Argentina, el "católico Instituto Superior de Estudios Religiosos", el Instituto Evangelista, el Instituto Mitre, el Instituto Popular de Conferencias, el Instituto de Estudios Superiores de la Sociedad Hebrea Argentina, el Instituto Cultural Norteamericano, la Dante Alighieri) llegando a la conclusión: "¿no son otras tantas universidades privadas" (pág. 7).

No sabemos cómo decirle al autor —con quien nos une una amistad personal— que nos parece que su concepto sobre la universidad no corresponde al que le dan sus varios miles de millones de hermanos de la gran Familia Humana, porque las mencionadas instituciones se dedican a actividades —si bien, tal vez, o al menos algunas de ellas—, científicas parciales, el concepto de universidad se concreta en la universidad o universalidad de los conceptos y conocimientos. Y hablar, además, en el mismo plano de la Facultad de Filosofía del Colegio del Salvador y del Instituto Popular de Conferencias —lo decimos con todo respeto que este último se merece, sin que lo conociéramos... ¡Vamos!...

Otro argumento del Dr. Winizky en contra de la Universidad libre o privada es el siguiente: "la 'universidad libre' puede, por razones de orden dogmático, excluir —naturalmente— al agnóstico o al estudiante de otro dogma; limitar los temas de estudio; determinar que el estudio o la lectura de ciertos documentos esté prohibido; encarrillar en dictados superiores e indiscutibles los propósitos o los medios de la investigación científica; hacer que el origen de los fondos libres lleve a sostener que determi-

nados estudios son heterodoxos y frenar el pensar, investigar o enseñar en contra de intereses, principios o convicciones del o de los dadores; circunscribir a determinado grupo económico, intelectual y aún 'social' la concurrencia a una determinada 'universidad libre'. Es decir que la 'universidad libre' que contempla el artículo 28, puede no ser libre. Puede ser, natural y lógicamente, cerrada. Puede ser, por esencia, exclusiva" (págs. 7 y 8).

¿Qué le contestamos? Aunque analicemos su tesis refutándola punto por punto con hechos y argumentos irresistibles, él podrá sostener su opinión original porque no está en nuestra intención imponerle nuestro punto de vista; en cambio, si es realmente objetivo, debe reconocer que los hechos le contradicen, los hechos que, si bien no se registran en nuestra Patria por razones obvias, se registran en la casi totalidad de las demás Naciones del Mundo. *Sapienti sat!* Pero si no le satisface, volveremos sobre el particular.

En un solo punto tiene razón el Dr. Winizky, pero este punto habla también en contra de él, a saber: sí, la universidad libre o privada —que, por otra parte, no es necesariamente católica (conviene dejar sentado esto porque siempre menciona dogmas, rituales, documentos prohibidos, dictados superiores e indiscutibles)—, católica, protestante, judía o atea, socialista o hindú puede ser "natural y lógicamente" cerrada para los estudiantes que NO quieren estudiar y también para los profesores que NO quieren enseñar sino hacer su política y dedicarse a actividades ideológicas y otras, ajenas a la docente. En este sentido, puede —y DEBE— ser exclusiva, no sólo la universidad privada sino que lo debería ser también la oficial: ¡saldríamos ganando!

El segundo párrafo de la pág. 8 de su folleto demuestra fehacientemente que confunde conceptos elementales porque admite, muy generosamente, por cierto, la existencia de una "universidad católica", "en la cual en el nivel de estudios superiores (lo subrayado es nuestro) se estudie, medite, investigue sobre la historia de la Iglesia Católica, su filosofía, su ritual, sus dogmas, sus múltiples aspectos" (pág. 8). Podemos asegurar al Dr. Winizky que sin su generosa venia, dicha actividad viene desarrollándose desde la terminación del Concilio de Trento, en los seminarios y las Facultades correspondientes, sin que haya un solo católico en el Globo entero que quiera fundar una universidad "católica" exclusivamente para esto! ¡El concepto de la universidad libre es completamente ajeno y completamente distinto a la cuestión de la historia, la filosofía, el dogma, el ritual y "los múltiples aspectos" —como decía— de la Iglesia Católica! No creo que los protestantes o judíos tengan una especial predilección por estas materias y, sin embargo, ¡sostienen y administran excelentes universidades

libres, al lado de las universidades católicas libres, igualmente excelentes!

El nudo gordiano del pensamiento del Dr. Winizky está expresado en una frase que aparentemente no llama la atención del lector superficial, pero que no puede escapar a la atención de un lector atento. Dice así: "Como del estudio, de la investigación —aun con aquellas limitaciones— sólo pueden derivarse provecho individual y social, bienvenidos los centros de estudios, y cuantos más, mejor será para el desarrollo cultural del país. Pero de ahí a querer convertir cualquiera de ellas en la universidad argentina, habrá que recorrer un camino que lleva a la destrucción de toda nuestra tradición liberal" (págs. 8 y 9). ¡Ahí está! Para pronunciar esta frase, no hay necesidad de escribir doce páginas ¡llenas de dialéctica y de sofisma! Pero ¿a quién se le ocurre convertir las mencionadas instituciones en la "universidad argentina"? Honestamente, ¿quién pretendería tal cosa!?

Que me perdone el Lector: tengo que insistir, nuevamente, en la *dialéctica sofística* del autor del folleto, porque a continuación transecribe el texto del art. 28 —¡que solo tiene la culpa!— y luego pregunta: "¿Es que todo el problema de la libertad consiste en otorgar títulos habilitantes y someterse a reglamentaciones?" (pág. 9). No creemos un solo instante que así sea, pues el problema es mucho más hondo que pueda tener cabida en una hoja de papel, ¡por más grande que sea el tamaño del Diploma! Se trata de otra cosa. Y con esto entramos en el corazón del problema. Ya de antemano podemos afirmar, que es esta parte la que hace fallar por completo la tesis del Dr. Winizky, si quedara alguna duda todavía.

En efecto, él menciona a las universidades norteamericanas como argumento de aquellos que defienden a la libertad de enseñanza, pero lo descarta en seguida diciendo, sofisticadamente, que "con todo el respeto que nos puedan merecer los Estados Unidos —¡menos mal!— es evidente que la idiosincrasia social, política y aun religiosa del pueblo norteamericano no tiene nada en común con el nuestro" (pág. 9). Pues bien, no hagamos caso a Estados Unidos (¡qué disparate!), pero entonces tenemos otros ejemplos, igualmente clásicos, de la libertad de enseñanza en países como Gran Bretaña, Chile, Brasil, Cuba, Colombia, Perú, Canadá, Líbano, Egipto, Filipinas, por mencionar tan sólo algunos —¡y algunos muy dispares entre sí!— donde funcionan universidades libres, y además de funcionar, funcionan perfectamente bien, y ¡a plena satisfacción del Gobierno y la Población y la Ciencia!

El autor del folleto agrega, luego, que "en los países en que se las admite, los títulos no habilitan (lo subrayado es de él) para el ejercicio de las respectivas profesiones" (pág. 10), y cita —la única cita existente

en el folleto— a Charles Eisenmann: "Les sciences sociales dans l'enseignement supérieur", publicado por la UNESCO, París, 1954. Francamente, ¡no hace falta citar a nadie para apoyar dicha afirmación que es bien conocida por todos! Nos gustaría a este respecto entrar en detalles, pero no tenemos espacio y, sinceramente, tampoco mayores ganas de aclarar conceptos elementales; sin embargo, ya que el autor descarta a Estados Unidos, nos referiremos al régimen imperante en uno de esos otros países que viven bajo el sistema de la enseñanza libre; se trata del Canadá, país importante, país riquísimo, país de una tradición democrática indiscutible. A tal efecto, nos tomamos la libertad de citar el pasaje correspondiente de nuestra obra "Sistema del derecho anglosajón", publicado el año pasado (pág. 133): en ese país, donde la libertad de enseñanza es tan sagrada y es respetada a tal punto que el Estado federal no interviene (*British North America Act*, 1867, art. 93), para nada en el asunto de la educación el ejercicio de las profesiones liberales está reglamentado por los correspondientes Colegios profesionales; o puede verse también el régimen inglés (nuestra modesta obra citada, pág. 72).

Vale decir, que no es el Estado el que tiene la última palabra en el asunto sino los Colegios profesionales, ¡lo que es lógico también! Por ello resulta un anacronismo en la segunda mitad del siglo XX la afirmación del autor del folleto que estamos contestando: "no se puede pretender que esos institutos privados —por supuesto que no, si él habla de esos institutos cuya enumeración hace en la pág. 7—, llámense o no universidad, otorguen títulos habilitantes y sustituyan de este modo a la universidad oficial" (pág. 10). Pero, ¡por favor!, aquí hay un grave equívoco: ¿quién quiere sustituir a quién? Nadie. En EE. UU., en Canadá, en Inglaterra, etc., etc., nadie sustituye a nadie: el alumnado estudia y el profesor enseña en las universidades —privadas o sea, libres. Y es aquí donde entra nuevamente en juego el sofisma dialéctico del Dr. Winizky: "pero si es así, siguiendo el razonamiento de quienes afirman la necesidad de la 'universidad libre', ¿no volvemos al monopolio estatal, al totalitarismo, al odiado control del poder público, a una cortapisa de la libertad?" (pág. 10).

No, Dr. Winizky, definitivamente NO, porque nadie en Estados Unidos, en el Canadá o en cualquiera de los países donde reina la libertad de enseñanza, nadie habla, pues, del "odiado control del Estado", de "totalitarismo", de "monopolio del Estado", no, porque precisamente, no existe nada de esto por la sencilla razón de que hay libertad de enseñanza.

¿No es contradictorio propugnar universidades libres y dar al Estado una ingerencia más en la normativización de la libertad

de enseñanza?" —pregunta el autor (pág. 10).

No, Dr. Winizky: la libertad de enseñanza —con títulos o sin títulos— es una cosa, y el ejercicio de la profesión es otra.

No se comprende ¿por qué "se convierta en un activo perjuicio nacional" (pág. 11), el otorgar títulos habilitantes si el ejercicio profesional depende del Colegio profesional! Si el Colegio de Médicos, de Abogados, de Ingenieros, etc., tiene más competencia que el Estado para decidir si un egresado es capaz o no de ejercer la profesión. ¿Qué es el Estado como tal a este respecto?... No olvide el autor —a lo mejor carece de noticias— que en los países europeos —países donde *no* hay universidades libres!— el hecho de recibirse en una universidad oficial (es decir, la única, que es del Estado), *no* habilita para ejercer la profesión de abogado, pues el candidato ha de pasar un determinado período de práctica en un estudio jurídico y pasar, luego, por un examen profesional ante el Colegio correspondiente. Es interesante, ¿verdad?

La retórica del autor entra en su fase decisiva en la última parte de sus "reflexiones" al afirmar que es "la única nueva 'libertad' que buscan quienes tomando impropriamente la bandera de la 'universidad libre', se han lanzado a una lucha total, pues, las otras libertades ya se ejercían y se pueden ejercer dentro de cualquier marco ideológico (sic) —sin ahorrar el impropio ni la invocación digna—, a poco de poner en práctica las garantías constitucionales que fueron redactadas hace 100 años y que rigen plenamente en nuestro país nuevamente" (pág. 11), para terminar con énfasis: esa libertad es la única 'libertad' que no puede conceder el Estado, la única 'libertad' a la cual debe oponerse la ciudadanía libre. Es la única 'libertad' por la cual no se debe luchar. La universidad oficial y libre es la única que... debe proveer —con rigorismo—, los cuadros profesionales del país (pág. 11).

Invitamos al Dr. Winizky, invitamos al amigo Ignacio Winizky, a que haga un sincero examen de conciencia, él solo ante Dios, en quien, como buen judío, debe creer, y ante su conciencia que, como caballero, debe tener, de si su tesis es en sus detalles realmente la que él siente o se debe a razones extrañas y ajenas a la lógica y contrarias a su convicción personal. El sabrá.

Para terminar con la detenida lectura de sus "reflexiones", debemos pedir aclaración respecto del siguiente pasaje: "Para una recuperación nacional plena y para imprimir

a la cultura argentina el ritmo de progreso que la caracterizó en el continente desde los tiempos de Sarmiento —¿por qué precisamente, Sarmiento?— (se debe pretender una universidad argentina sin otro objetivo que la califique" (págs. 11 y 12). ¿No quedará decir "adjetivo", en vez de "objetivo"?

Y precisamente para contestarle, transcribamos sus propias palabras: "Así como nuestra Nación no es patrimonio de un hombre, tampoco lo es de un grupo ideológico, o económico o social, aunque por los accidentes de la historia el poder caiga en uno de ellos o en una alianza circunstancial" (pág. 12). ¡Ojalá fuera!

Su pensamiento *exclusivista y absolutista* se halla expresado en su enfático final: "Una sola escuela argentina, una sola universidad argentina oficial son las condiciones básicas de una única Argentina" (pág. 12).

"Una sola escuela", "una sola universidad oficial", ¿verdad? Y ¿qué pasa si en esa "única" escuela, en esa "única universidad" se enseñan teorías antiargentinas o simples *nonsenses* como, en efecto, ocurrió —por mencionar un solo ejemplo— en la cátedra de derecho internacional de la Facultad de Derecho de Buenos Aires, donde se enseñaba, como pensamiento de la "escuela argentina de derecho internacional", *la única!*, que el derecho internacional es un instrumento de la política del Estado? (Lucio M. Moreno Quintana: "L'Ecole argentine de droit international", separata de la "Revue Hellénique de droit international", Atenas, año 4c, 1951, Nc 1, pág. 14), teniendo en cuenta que esta tesis es nada menos que la misma que sostienen los *soviéticos* (Conf. Vishinski: Derecho internacional y organización internacional, 1948, 1 Sov. Gov. i Pravo, I, pág. 19, cit. por Hazard: Law and Social Change in the USSR; Toronto, 1953, págs. 274 a 275; Pasehukanis, en Güins: Soviet Law and Soviet Society; La Haya, 1954, pág. 327; Schlesinger: Soviet Legal Theory; Its background and development; Londres, 2ª ed., 1951, pág. 279).

"Una sola escuela", ¿verdad?...

Por nuestra parte, y hablando de cosas "únicas", confesamos nuestra firme convicción de que *una y única es la idea de la libertad*, una e indivisible como lo afirmara ya Lincoln; una y única que es eterna y universal, independiente del tiempo, del espacio y de toda dialéctica, así como el mismo Hombre: ¡indestructible!

¿Se ha olvidado ya, acaso, lo que dijera precisamente Sarmiento acerca de las ideas, si mal no recordamos!?

Dr. JULIO JOSE SANTA PINTER: